

escenas de dolor de que fué testigo en sus primeros años, quedaron fijadas para siempre en su memoria. Muchos años después, cuando era ya un escritor famoso, aun veía la figura repugnante del usurero perseguidor de su padre y creía oír su voz ronca profiriendo terribles amenazas. De la primera visita á la prisión donde estaba su padre, recordó siempre «los corredores angostos donde es preciso bajar la cabeza para pasar, el ruido de las puertas de hierro al cerrarse, el ruido de llaves que suena á cada momento.» Estos dolores morales y físicos que tanto hacían sufrir al pobre niño, lejos de atrofiar su inteligencia la desarrollaron prematuramente, dando á su imaginación un inmenso poder para resucitar las impresiones pasadas. En sus largas horas de soledad su imaginación volaba lejos de aquella habitación oscura, fría y malsana, y mientras trabajaba ante la caja de impresor combinando mecánicamente las letras, su pensamiento marchaba veloz por el país del ensueño.

Michelet había aprendido á leer y escribir, sin otra ayuda que algunas lecciones de su padre. En este período de su infancia, como consuelo á su soledad, buscó libros y la lectura le hizo sufrir dos impresiones fuertes que ejercieron gran influencia sobre el resto de su vida. El primer libro que leyó fué la *Imitación de Cristo*. Esta obra, de un monje desconocido de la Edad Media, escrita para consolar las almas heridas por la barbarie de la época y la maldad de los hombres despertó en el niño el sentimiento de la divinidad, le hizo ver por encima de las miserias de la vida presente la esperanza de una vida futura en la que todas las injusticias son reparadas; le reveló la existencia de un poder supremo paternal y misericordioso. Esta esperanza en la justicia divina, esta creencia de la niñez persistió en Michelet hasta en los últimos momentos. El gran demolidor del catolicismo, al escribir su testamento lo encabezaba con estas hermosas palabras, que la admiración de Francia ha hecho grabar sobre su tumba: «¡Dios me conceda el volver á ver á los míos y á todos los que he amado en esta vida! ¡Que él reciba mi alma agradecida de tantos bienes, de tantos años laboriosos, de tantas obras, de tantas amistades!»

El otro libro que le impresionó profundamente, marcando su porvenir, fué el «Museo de Monumentos Franceses», que dejó de publicar en 1815. «Fué en el y no en otra parte—dice Michelet en sus memorias *Ma Jeunesse*—donde recibí la viva impresión de la historia. Yo sondeaba con mi imaginación aquellas tumbas que veía grabadas; sentía sus muertos á travérselos y no sin cierto terror entraba con

trabajo literario que le había entregado aquel pequeño discípulo, bajó su cátedra y por un impulso de simpatía y admiración fué á sentarse en el banco, al lado de él, para examinarle de más cerca y convencerse de si realmente era el autor de la obra. Por fin los sufrimientos del niño y la heroica perseverancia del adolescente, alcanzaron una recompensa digna al terminar el curso. En la solemne distribución de premios á todos los Liceos y colegios de París, fiesta presidida por el duque de Richelieu, primer ministro de Luis XVIII, Michelet obtuvo los tres primeros premios de discurso latino, versión latina y discurso francés. Este último en estilo conciso, nervioso, de una elocuencia singular, anunciaba claramente al futuro escritor. Michelet fué el héroe de aquel día. Todos le festejaron, los ministros quisieron verle: se le anunció un hermoso porvenir en la literatura.

Cuando Michelet llegó al término de los estudios escolares y salió del colegio mostró indeciso sobre la carrera que iba á seguir. Su padre le envió á las Ardennes, con la familia de su madre y por primera vez vivió en el campo, rodeado de sus tíos, viejos labriegos que por las noches le relataban junto á la lumbre las leyendas del país, recuerdos de la época del feudalismo relatos de terribles luchas entre los siervos y los señores.

«Entonces—según cuenta el mismo Michelet—se reveló su vocación que ya se había manifestado en la infancia hojeando el «Museo de Monumentos Franceses». Ahora era la historia viviente, el pasado visible en las ruínas de los castillos y en los relatos de los campesinos, lo que se revelaba á él, no la historia fría y petrificada de las tumbas. Sería historiador ya que para esto había nacido. Pero como le hacía falta una profesión que asegurase su existencia, Michelet escogió lo que estaba más en armonía con su carácter y aficiones: la enseñanza. «Dedicarse á formar almas es una ocupación que obliga á llevar siempre alto el corazón y á defenderse del desfallecimiento de ánimo. La enseñanza ha sido siempre mi fuerza y mi consuelo.»

Comenzó modestamente en 1817, como auxiliar de la clase de filosofía é historia en el colegio Briaud con sesenta francos al mes. Lo mismo en verano que en invierno, tenía que llegar al colegio á las seis de la mañana lo que le obligaba á salir de su casa á las cinco, caminando en invierno por las calles oscuras, entre la bruma que velaba la luz de los reverberos, resbalando en el hielo de las aceras. Sin embargo nunca dejó de ser puntual.

alma. Su padre salía al amanecer á ganarse el pan y no volvía hasta la noche. Michelet abandonado durante todo el día estudiaba y asistía en sus clases.

Fué en aquél año, la caída del Imperio, la invasión de Francia por los aliados, la restauración de los Borbones, el retorno de Napoleón desde la isla de Elba, el efímero gobierno de los Cien-Días, la catástrofe de Waterloo y la segunda invasión extranjera seguida de la segunda restauración. Todos estos hechos sucediéndose atropelladamente en el curso de un año y conmoviendo profundamente á Francia interrumpieron el curso regular de los estudios de Michelet.

Ocurrió en este año que la desgracia después de quince años de ensañamiento se cansó de perseguir á la familia. La muerte de la pobre madre, mártir hasta en sus últimos momentos, pareció la señal de una abundancia y comodidad relativas. El padre de Michelet encontró un empleo modesto en la casa de Salud del doctor Duchemin al cual había prestado algunos servicios durante la Revolución. El y su hijo fueron á vivir en aquel hermoso edificio rodeado de jardín y tuvieron un sitio en la mesa de los empleados. Ya no tenían que preocuparse de la lucha por la vida: estaban al abrigo del frío y del hambre.

Por primera vez el joven Michelet experimentó la alegría de vivir en pleno sol y contemplar la verdura de los campos. Para completar su felicidad encontró una segunda madre en madama Hortensia, una señora viuda y de gran inteligencia á la que el doctor había confiado la contabilidad del establecimiento y que viendo huérfano y triste á Michelet, lo tomó bajo su protección prodigándole las dulzuras de una tierna solitud que le faltaba desde la muerte de su madre.

Bajo la influencia del bienestar moral y físico Michelet que hasta entonces se mostraba, tímido, triste y como comprimido, sintió desenvolverse sus aptitudes y que su pecho se hinchaba con anhelos no sentidos hasta entonces. El despertar de esta alma coincidía con el renacimiento de su patria, pues la Francia arruinada por el militarismo napoleónico, vencida y desangrada por las locas ambiciones del emperador insaciable, buscaba una nueva vida y nuevas glorias en las artes de la paz, en el comercio, en la industria y especialmente en la literatura y las ciencias.

Michelet en 1816 estudiando retórica, alcanzó un ruidoso triunfo. Tenía un profesor eminente el famoso crítico Villemain, el cual un día después de haber leído en clase con voz emocionada por la sorpresa un

primeros escritores del siglo, impulsado por una poderosa imaginación, una viva inteligencia, una voluntad enérgica y constante y una sensibilidad artística de una delicadeza infinita.

*
**

Michelet vió asegurado su porvenir y mejorada la situación de su casa cuando en 1821 alcanzó la plaza de profesor de historia y filosofía en el colegio de Sainte-Barbe Rollin. Tenía entonces veinticinco años y se casó con una joven de una belleza melancólica, que vivía separada de su familia como señorita de compañía de una vieja dama alojada en la casa de salud del doctor Duchemin. Allí la había conocido Michelet, sintiendo desde el primer momento una dulce piedad por aquella joven á quien la necesidad de vivir alejaba de los suyos. La vida del joven matrimonio transcurría tranquilamente: él dedicado al estudio; ella rodeándole de toda clase de tiernas solitudes. «Era una gran felicidad para mí—recuerda Michelet—el entrar por la mañana después de explicar la lección, en mi casita cercana al Pere-Lachaise, y en mi cuarto, tendido perezosamente, leer durante todo el día los poetas Homero, Sófocles, Theocrito y otras veces los historiadores. Uno de mis compañeros de profesión Mr. Poret se dedicaba á las mismas lecturas y después en nuestros largos paseos por el bosque de Vincennes hablabamos sobre ellas.»

Dedicado á la enseñanza no soñaba en escribir para el público. Cuando salió del colegio, después del éxito alcanzado ante los ministros y lo más ilustre del profesorado francés los librereros le habían hecho proposiciones editoriales.—Yo no quiero vivir de mi pluma:—contestó el joven—yo creo como Rousseau que la literatura no debe venderse pues es la cosa reservada, el más bello lujo de la vida, la flor exterior del alma.

Pero mientras esto decía se preparaba para ser un escritor, estudiando mucho, amasando todos los días nuevos conocimientos, un tesoro inmenso de ideas que luego había de lanzar sobre el papel. Las necesidades de la enseñanza le impulsaron á la ciencia y en 1827 debutó como escritor con dos obras que pudiéramos llamar de texto: *Compendio de la Historia moderna* y *Principios de la filosofía de la historia sacados de la «Science Nouvelle» de Vico.*

Estas dos obras hicieron entrar á Michelet en el gran movimiento

a toda

rodi-
ir su
histo-

nota-
e quién
visitas
o tardé
epletas
de
m-
es:
mera
se-
rían,
con

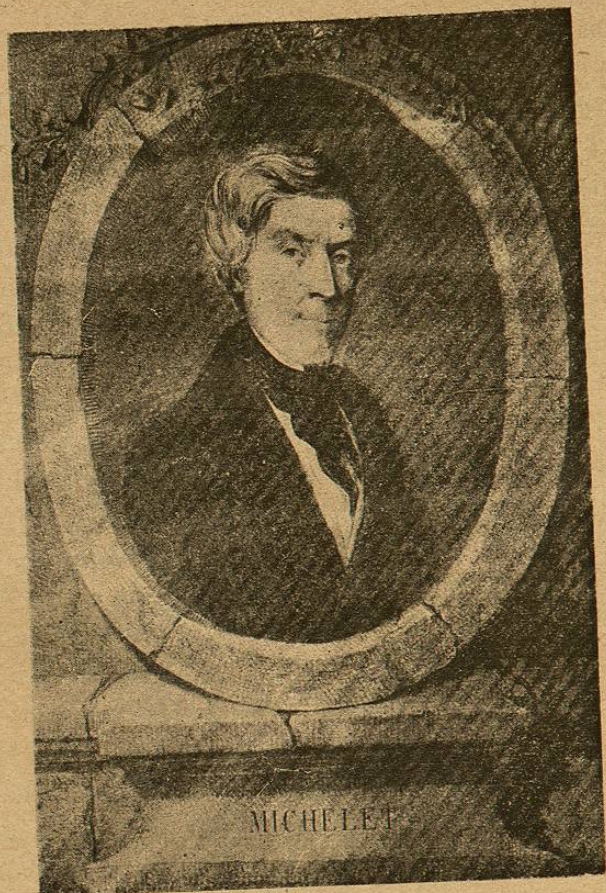
á su
ntre
fiso-
pocas
des-
oética
de la

asar
lee.
Luis
s lá-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"FERNANDO REYES"
MONTERREY, MEXICO

et como

Su existencia laboriosa transcurría entre su padre y su condiscipulo el pintor Poinot que vivía con él. Sin faltar á sus obligaciones de la enseñanza, Michelet continuaba estudiando para ganar los grados universitarios que le permitieran abandonar su posición modesta.



JULIO MICHELET en 1843
Reproducción de una litografía de la época

En 1819 obtuvo el grado de doctor y finalizó para Michelet el periodo de aprendizaje, periodo doloroso, en el que el hambre, el frío, los duelos y las angustias del amor propio herido, fueron sus inseparables acompañantes.

El adolescente enfermizo, débil y tímido desapareció, quedando en su lugar un joven animoso que marchaba rectamente á ser uno de los

mentos en las bibliotecas ó sentado ante su mesa de trabajo llenando cuartillas.

*Cette ville a été tout pour moi. j'y suis né, j'y ai vécu, j'y ferai ce
long séjour, bien autrement long quela vie...
L'ont été mes émotions, toute une tradition. j'y m'attachent, et
vous j'offe, et vous avez...
Der autres, ont senti éveiller leur génie au milieu de la campagne
dans la fite romantique, dans le poète. follet. vous dans la
boue de la capitale. L'un était en. l'autre anglais, l'autre allemand.
Mais j'ai suis né mes. J'ai, dans un appartement pratique, le commun
au chœur des Dames de J. Chouvaux.
Tous les mouvements follement d'innocence, seratt achent á
tel ou tel lieu de cette grande ville.
mon enfance j'ai passé dans le centre humide et sombre
(ma jeunesse) dans les faubourgs éloignés. j'ai été pendant
dix ans les routes de la capitale et de Vincennes...
Celle cohabit. avec une telle ville, a contribué à
pousser à éveiller l'inst. en moi. j'ai vécu dans Paris, mais
non dans la ville de Paris, mais d'une vie plus générale, plus haute,
sitée au milieu de la boue et la coupant d'autant en un
si ne m'y suis par confondre.
Mon Paris n'est pas tel monument, telle chose. j'ai
vécu cette ville, avant d'y remarquer aucun objet d'art.
Ce qu'il y a de plus beau en elle, ce n'est ni N. D.
ni tel autre édifice, c'est elle-même. La beauté même des édifices
est secondaire dans l'œuvre. L'œuvre est la vie.
promenez-vous sur les quais et les boulevards, vous
voyez sans regarder aucun détail, que vous êtes au
milieu de la capitale de la France.*
J. Michelet

Reproducción de una cuartilla escrita por Michelet

de Francia es la obra más importante de Michelet, el testimonio de su gloria. La comenzó en 1830 y no la

e
ó
a

ota-
nién
con
ono-
sitas
s, y
tardé
vol-
pletas

do
le

ra de
con-
en la
te era
n más
cupar

da á la
ria de
ntos ó
lo ar-
nismas
os que
ción de
en los
lance
tos por
dice
hubiera
el mo-

XX
UNIVERSITARIA
SO REYES"
MONTERREY, MEXICO

literario que se desarrollaba en Francia. El renacimiento menzado á la caída del Imperio con la desaparición de la tiranía misar y la existencia de una paz inmutable, estaba entonces en plena florecencia.

Después del silencio que la Francia intelectual había guardado bajo la dominación de Bonaparte, poetas, novelistas, historiadores, filósofos, músicos, pintores y escultores rivalizaban en la producción de obras caldeadas por el fuego de la juventud. El ruseñor de la inspiración animaba con su trino infinito este amanecer del arte. La Historia participaba de esta general renovación, y Guizot, Mignet, Thiers y otros, comenzaban sus grandes trabajos históricos. Michelet que vivía aislado, que no pertenecía á ninguna escuela y que ostentaba como su mayor mérito su originalidad espontánea y profunda, figuró al lado de este grupo de historiadores, pero con carácter propio.

Después de estas dos tentativas afortunadas, Michelet se lanzó en plena producción literaria.

La *Historia Romana* fué su primera obra grande. Comenzada en 1828, apareció en 1831 la primera parte que contiene la historia de la república romana. El deseo de ver por sí mismo el escenario donde se desarrollaba su relato, le hizo emprender un viaje á Italia é impresionado por la melancólica belleza y la magestad de Roma, escribió la descripción más hermosa que se conoce de la Ciudad Eterna. Chateaubriand y todos cuantos habían descrito á Roma antes que Michelet quedaron superados.

La historia del pueblo romano tan lejos ya de nosotros, tan diferentes en ideas y costumbres adquirió, sin embargo, por el arte mágico de Michelet el interés palpitante de la historia contemporánea. Pero la intervención de los conquistadores romanos en las Galias le hizo pensar en la historia de Francia: esta idea se apoderó de él con atracción irresistible. No pudo resistirse á la tentación de escribir la historia de su país, y abandonando la del Imperio Romano que debía ser la primera parte de su obra, se entregó á la *Historia de Francia*, de la que ocupó el resto de su vida.

**

Cuarenta años de la vida laboriosa y tenaz de Michelet le permitieron escribir su *Historia de Francia*. Cuarenta años de laboriosa vida, un día en que no pasara diez ó doce horas hojeando los

De veinticuatro volúmenes consta esta historia, que abarca desde los orígenes de Francia á los principios de la Revolución. La escribió sin seguir en el trabajo un plan fijo; produciéndola por épocas y escogiendo como primeras aquellas que más le atraían. Primero escribió en seis volúmenes la historia de Francia desde la época gala al reinado de Luis XI. Era la historia de la monarquía, intercalando en ella la pintura de esa Edad-Media que Michelet ha profundizado como nadie. Pero interrumpiéndose en su obra, creyó que para seguir adelante con la descripción de la monarquía absoluta, necesitaba antes dar á conocer al público la Revolución, como el epílogo de diez y ocho siglos, y desde 1847 á 1853 escribió la *Historia de la Revolución*. En 1855 volvió otra vez á emprender su antigua obra, no terminándola, como ya hemos dicho, hasta 1867.

Obrero infatigable, Michelet se ponía al trabajo todos los días á las cuatro de la madrugada en su tranquila casita inmediata al Père-Lachaise y sólo se interrumpía para ir á dar sus lecciones, regresando inmediatamente al hogar, donde le esperaba la labor literaria, que le dominaba como una dulce embriaguez.

Mientras tanto había hecho rápidos progresos en su carrera de profesor. Sus primeras obras le valieron ser nombrado maestro de conferencias de la Escuela Normal Superior; fué suplente de Guizot en la cátedra de Historia de la Facultad de Letras de París, mientras éste era ministro y jefe del gobierno, y en 1838 recibió por fin la distinción más envidiada para un profesor, al ser nombrado por el Instituto para ocupar la cátedra de Historia y Moral del Colegio de Francia.

Sin faltar á sus deberes profesionales dedicaba toda su vida á la grande obra que llevaba entre manos. Para escribir la *Historia de Francia* no se contentó con las crónicas reunidas por los conventos ó por las sociedades de bellas letras en los pasados siglos, fecundo arsenal al que acudían todos los historiadores: se remontó á las mismas fuentes de conocimiento, á los documentos inéditos y desconocidos que cubiertos de polvo dormían en los archivos. Después de la revolución de 1830, el nuevo gobierno le nombró jefe de la sección histórica en los Archivos Nacionales, y Michelet se consideró feliz teniendo al alcance de sus manos toda aquella historia de Francia escrita á fragmentos por los testigos presenciales: «Cuando yo penetre por primera vez—dice atestiguando su alegría—en estas catacumbas de manuscritos hubiera dicho con la misma satisfacción que cierto alemán al entrar en el mo-

UNIVERSITARIA
"SO REYES"

MI-TERREY, MEXICO

ria

mo